

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION TE IGITUR.

PSALMO L.
v. 21.

Entónces aceptarás Sacrificio de justicia, ofrendas y holocaustos.

ESTAS palabras no pueden aplicarse á los Sacrificios de la antigua ley, ni á sus oraciones y ceremonias. Si las víctimas carnales fuéron ordenadas en ella para un pueblo carnal, no podian de ningun modo ser gratas en la plenitud de los tiempos á un Dios, que es espíritu y verdad, y la santidad por esencia; y si David, quando lloraba y expiaba su pecado, solo hu-

sobre la oracion Te igitur. 29

biera contado con semejantes Sacrificios, ellos sin duda hubieran apagado en su corazon la esperanza del perdon y de la misericordia. El Espíritu que le dictaba estas palabras para su consuelo y el nuestro, le transportaba á los felices dias de salud y de gracia, en que abolido el culto antiguo, habia de substituirle Jesu-Cristo un culto nuevo, y en que habia de correr sobre nuestros Altares, en lugar de las víctimas reprobadas, la sangre de la víctima viva y verdadera. Este es el Sacrificio de justicia que veia en espíritu: esta es la oblacion agradable en la qual miraba reunidas todas las otras: este es el holocausto perfecto que habia de ser aceptado. El sabia que todo habia de corresponder en este Sacrificio á la grandeza de la ofensa, y á la Magestad del Dios ofendido, y que entónces ya no se ofreceria con vanas ceremonias ni con oraciones insuficientes, sino que serian dignas de su grandeza hasta las expresiones de que se serviria la Iglesia para ofrecerle. Todo esto lo sabia el Profeta, hermanos míos; ¿pero lo sabemos nosotros que asistimos, y participamos diariamente

de este Sacrificio? Consideremos por tanto las oraciones que preceden inmediatamente á esta oracion, y quizá llegaremos á convencernos ó de nuestra ignorancia, ó de nuestro poco fervor. Para que podamos sacar mas provecho de estas diferentes oraciones tan propias para ilustrar nuestra fe, y alimentar nuestra piedad, me parece conveniente exâminarlas en diferentes instrucciones, y entónces meditándolas en particular, conoceremos mejor que son muy poderosas á los ojos de Dios, para merecernos las gracias de que necesitamos.

Empieza el Cónon con varias oraciones por la Iglesia, por sus Pastores y protectores, comprehendidas en esta primera: *A ti, Padre clementísimo, te suplicamos con profundo respeto, y te pedimos por Jesu-Cristo tu Hijo, nuestro Señor, que recibas y bendigas estos dones, estas ofrendas, estos santos Sacrificios sin mancha, que te ofrecemos en primer lugar por tu santa Iglesia Católica, á la qual dignate dar paz, guardarla, mantenerla en union y gobernarla en toda la tierra: iuntamente con tu siervo nuestro*

Papa N., nuestro Obispo N. y nuestro Rey N., y todos los ortodoxos que profesan la Fe Católica y Apostólica. No intento explicando estas palabras insistir en una interpretacion mas piadosa que sólida de ciertos autores, los cuales dicen que la Iglesia las ha escogido, porque se asemeja mas á la forma de la cruz la letra T, con que empiezan. La Iglesia se sirve en el Cónon de otros medios mas eficaces para traernos á la memoria este misterio, sin tener necesidad de valerse de una práctica tan agena de la simplicidad y la sabiduría de sus miras; y así estas palabras *te suplicamos* son propiamente una continuacion del Prefacio. Despues de haber tributado nuestros homenages al Padre diciendo: *En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, el que te demos gracias en todo tiempo y lugar, ó Señor Santo, Padre omnipotente, eterno Dios: decimos, te suplicamos con profundo respeto, y te pedimos por Jesu-Cristo tu Hijo, nuestro Señor, que recibas y bendigas estos dones, estas ofrendas, estos santos Sacrificios sin mancha.* Estas diferentes expresiones de dones, de pre-

sentes y de Sacrificios no son una simple repetición de la misma súplica. Esta oblacion nos ofrece tres verdades considerada baxo tres puntos de vista. Presentando á Dios las substancias del pan y del vino para que sean transformadas en el cuerpo y sangre de Jesu-Cristo, le ofrecemos nuestros dones, porque los hemos recibido de su mano ántes de ofrecerselos, y así es muy justo que ante todas cosas nos mostremos reconocidos; por manera que este pan, que por su naturaleza es el alimento mas útil, y el que mas contribuye para nuestro sustento, se hace en esta circunstancia la mas santa y saludable de las substancias por la transubstanciacion en el cuerpo de Jesu-Cristo. Esta es la causa de que demos gracias á Dios, por lo que hemos recibido, suplicándole que admita benignamente unos dones que ha puesto en nuestras manos para ofrecerselos. Pero estos dones se convierten en presentes, por el destino que les damos: Dios nuestro Señor sin despojarse del dominio soberano que tiene sobre todas sus criaturas, nos ha hecho de tal modo propios y personales es-

tos bienes, que podemos decir que le ofrecemos una cosa propiamente nuestra con tal que salgan de un corazon puro, de una alma inocente, y que no le rehuse la voluntad lo que le ofrece la mano. Entónces el Dios y Señor de todas las riquezas encuentra un acrecentamiento de gloria en nuestra ofrenda, y nosotros reconocemos su dominio soberano en la devolucion que le hacemos de los bienes que nos ha prestado; pero lo que da el mérito y valor á esta ofrenda es el Sacrificio que se junta con ella, el qual es un verdadero holocausto por la consumacion total de la víctima; es una hostia pacífica, porque se ofrecé por un Dios puro y sin mancha; es una víctima por el pecado, porque este Dios se ha vestido de la forma de los pecadores; es una hostia de accion de gracias, porque vuelve á su Padre todo lo que hemos recibido de su mano: él lo llena todo, la satisface todo: ofrece á un Dios justo un Sacrificio de propiciacion, y á un Dios Santo un Sacrificio puro y sin mancha. Por tanto nos concede el derecho de pedirle en todas nuestras necesidades, y estas necesidades estan pre-

vistas en la oracion con que empieza el Cánón.

En primer lugar pedimos que el fruto del Sacrificio se aplique á la Santa Iglesia Católica, porque ella sola tiene el derecho de participar de él, y de hacer participantes á todos los que viven en su unidad. Esta es la Iglesia de Dios, esta es su familia, esta es la esposa que engendra hijos de adopcion. Esta es la Iglesia Santa diferente en todo de esas asambleas y sectas adúlteras que pretenden el título de esposas mientras que son justamente repudiadas. Esta es la Iglesia Católica que participa sola en algun modo de llá inmensidad de Dios, y por ella se ofrece el Sacrificio á fin de que se digne concederla la paz, para que las puertas del infierno no prevalezcan contra nosotros, y guardarla ilustrándola con sus luces, y animándola con su caridad. Por ella se ofrece el Sacrificio para que Dios se digne conservar su union inspirando á sus Pastores el espíritu de vigilancia, y á su pueblo el espíritu de subordinacion y de docilidad; por ella en fin se ofrece el Sacrificio para que Dios se digne gobernarla por toda la

tierra, presidiendo á la enseñanza de sus Ministros, entrando en el camino de la verdad y de la justicia á todos los que se dexan seducir por los errores, y que corrompen la pureza de su moral con costumbres indignas de su santidad; y como para producir todos estos efectos es necesario que su cabeza visible participe, de la santidad de su cabeza invisible, rogamos por el Pontífice, y pedimos que su vigilancia se extienda sobre todas las porciones de este numeroso rebaño, y que sea en esta Iglesia, cuya unidad representa una centinela que nos dé voces quando el lobo quiera introducirse en el redil. Esta oracion inspira un interes general en toda la extension del mundo Cristiano; pero como el Papa no es el único Pastor, sino que cada parte de este cuerpo místico tiene sus centinelas y sus guias, rogamos tambien por el Obispo de nuestra propia diócesis. La fé de esta Iglesia será siempre pura mientras que Dios se digne darla Pastores animados de su espíritu; pero para que reyne una paz constante, es preciso que asimismo haya Principes segun el corazon de Dios.

Esta es la causa porque nombramos

al Príncipe que nos gobierna: la Iglesia protegida por aquellos que ha establecido Dios por cabezas suyas, tiene necesidad de ser protegida en sus miembros, y así todos participan de nuestros votos. Los Ortodoxos, es decir, los que arreglan su creencia á la enseñanza universal, los que profesan la Fé Católica y Apostólica tendrán parte muy principal en nuestras oraciones. Las ceremonias de ésta por donde se comienza el Cánón de la Misa, son muy propias para inspirarnos los sentimientos mas religiosos. El Sacerdote eleva sus manos, porque esta es la postura que expresa mas el vivo ardor de los deseos. Despues levanta sus ojos al cielo, porque sabe que los auxilios no pueden venirle de otra parte. Luego junta las manos, y esta es la aptitud de un delinquente que solicita el perdon. Se inclina profundamente para denotar con esta señal exterior la humildad y la confusion que deben penetrar su corazon. Hace por tres veces la señal de la cruz porque estos dones y presentes no serán verdaderos, ni tampoco los Sacrificios miéntras que la cruz no les haya comunicado el valor. Inclina la ca-

beza quando hace mencion del Xefe visible de la Iglesia, ó de su Obispo, ó de su Príncipe, porque los mira como imágenes de Jesu-Cristo, cuyo nombre debe siempre pronunciar con gran veneracion; y si el Sacerdote en estas diferentes prácticas exteriores encuentra las disposiciones que inspira esta oracion, los asistentes deben hallar tambien en ella motivos poderosos para excitarse á la mas viva confianza, á la veneracion mas profunda, y al respeto de las personas que representan la autoridad de Dios.

Penetrémosnos pues, hermanos mios, de sus sentimientos, porque si tuviésemos la dicha de pasar sucesivamente á las disposiciones que inspiran todas las oraciones del Cánón de la Misa, el Sacrificio verdaderamente saludable, por su naturaleza, lo seria especialmente para nosotros, de manera que en él encontraríamos el sello de nuestra reconciliacion, y la prenda de la bienaventuranza inmortal. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL MEMENTO DE LOS VIVOS.

EPISTOLA DE SANTIAGO,
cap. 5. v. 16.

Orad los unos por los otros.

No intento hacer hoy, hermanos míos, de estas palabras el uso que hace el grande Apóstol, porque lo reservo para otra Instrucción particular. Es cierto que segun el sentido literal de esta exhortacion, ó por mejor decir, de este precepto de Santiago, estamos obligados á extender nuestras oraciones á todos los que viven en el seno del Cristianismo; pero aunque la Iglesia

sobre el Memento de los vivos. 39

nos impone la ley de la caridad universal que comprehende á todos los Cristianos de todos los estados y paises, nos permite sin embargo atender con mas particularidad á los que viven unidos con nosotros con vínculos estrechos y legítimos. Por esta razon autoriza al Ministro, y á los asistentes en esta parte de la Misa para hacer mencion especial de sus parientes, de sus amigos, y de las personas á quienes deben algun reconocimiento; y aunque por la sola lectura de esta oracion podemos penetrar la intencion de la Iglesia, sin embargo voy á explicaros cada una de sus palabras para que podais hacer el uso conveniente de ella, y corregir los abusos en que tal vez habeis incurrido.

Aunque el órden y la forma principal de las oraciones del Cánon de la Misa sean tan antiguas como la Iglesia, sin embargo no puede decirse que en todos los tiempos hayan tenido las mismas palabras, y se hayan dicho de la misma manera: la de que hoy tratamos, que se dirige á procurar al celebrante el medio de hacer una aplicacion especial del santo Sacrificio, consistia, segun parece, en otro tiempo en estas

breves palabras: *acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas*, añadiendo solamente los nombres de las personas por quienes hacia este memento; pero la Iglesia despues ha extendido esta aplicacion á todos los asistentes. Esta congetura no dexa de tener bastante fundamento si se considera que en las Liturgias mas antiguas solo se indica esta oracion, de donde puede concluirse que ella para nosotros, y para los asistentes es un poderoso medio de cumplir una multitud de obligaciones de justicia, de caridad, de amor, y aun de paciencia, extendiendo esta mencion particular hasta nuestros enemigos.

El Sacerdote levanta la voz al empezar esta oracion, como para advertir á los asistentes que ya es tiempo de pedir por aquellos por quienes tienen obligacion particular. Junta las manos, é inclina su cabeza para darnos á entender que ora con el mas profundo recogimiento, y entónces hace mencion en su interior de las personas á quienes da parte en este memento; pero la Iglesia le advierte en una nota que se encuentra en algunos Misales, que solo debe detenerse muy breves instantes,

no acontezca que su devocion personal sea motivo para que se molesten y disgusten los oyentes, porque esta es una diligencia que debe hacer separadamente al tiempo de prepararse.

Pero nosotros, hermanos míos, consideremos estos mementos como uno de los medios de consuelo que nos ofrece nuestra dulce Madre para satisfacer y desahogar el corazón: no por esto nos quiere enseñar á hacer acepcion de personas; pero nos autoriza para que en una ocasion tan propia de un Cristiano roguemos por los amigos, los parientes y bienhechores, y para compadecer los trabajos del próximo, y solicitar su alivio. Al mismo tiempo nos ofrece una ocasion, que quizá hemos despreciado hasta ahora de hacer bien á nuestros enemigos, trayéndolos á nuestra memoria para compadecer su flaqueza, y pedir que el Señor purifique sus corazones, y aparte de ellos la ira y el resentimiento.

Esta obligacion no se ha instituido particularmente para el Sacerdote, sino que comprehende á todos los asistentes; pero como el tiempo que se gasta en la consagracion es demasiado

corto para acordarse de todos los que tienen derecho á sus oraciones, deben tambien ántes de venir al santo Sacrificio de la Misa emplear algunos instantes para dirigir de antemano su intencion ácia aquel Señor que se digna oír las simples preparaciones del corazón.

Acuérdate, Señor: estas son las primeras palabras de esta oracion, y en ellas nos acomodamos á nuestros modos de hablar, porque en efecto Dios no puede olvidar como olvidan los hijos de los hombres. Toda criatura está siempre en su presencia; pero esta memoria, que se exige de su parte solo consiste en que nos dé testimonios sensibles de su atencion, con las gracias y auxilios necesarios. Así le decia el Profeta: *acuérdate, Señor, de tu siervo David: acuérdate de nosotros*, le decia en otra ocasion, y en todas estas oraciones le pedia una señal sensible de que no las despreciaba.

Acuérdate, le decimos nosotros, *de tus siervos y siervas*: es verdad que sus nombres no son capaces de despertar la atencion de Dios, ni de dar mas valor á la oracion; pero ellos re-

cordarán al Ministro sus diferentes necesidades. Ante todas cosas se acordará de la persona por quien ofrece especialmente el Sacrificio, y del motivo que le mueve para solicitar su aplicacion, y despues de todas las demas que con sus oraciones, consejos y socorros le ayudan á llevar el peso de su ministerio.

En otro tiempo se acostumbraba nombrar en alta voz á los bienhechores: San Cypriano pide muchas veces en sus cartas que le den noticia de todos los que en ausencia suya hacen bien á la Iglesia, y á los pobres para hacer mencion de ellos en el Altar: un Papa ordena que los bienhechores sean nombrados al tiempo del santo Sacrificio de la Misa, y no ántes; pero como los establecimientos mas sabios suelen á las veces ser ocasion de abusos muy perjudiciales, se vió San Gerónimo obligado á clamar altamente contra los que solo hacian ofrendas por vanidad, y que pagaban en alguna manera el derecho de ser nombrados en la Misa. Esta sin duda fué la causa de que la Iglesia suprimiese este uso, no fuese que los fieles, á quienes animaba un mismo espíritu de caridad, recibiesen desde este

mundo las recompensas de sus beneficios.

Acuérdate, prosigue el Sacerdote, de todos los que están aquí presentes, porque además del derecho general que tienen á esta oblacion en qualidad de hijos de la Iglesia, tienen tambien un derecho especial á sus oraciones, pues que en alguna manera ofrecen con él la misma oblacion; pero estas oraciones sin embargo son condicionales: es decir, en favor solamente de aquellos que vienen al Sacrificio con una fé pura, y con verdaderos sentimientos de devocion ¡Ah, si pudiese el Sacerdote penetrar las disposiciones de muchos que concurren á nuestros Templos solo por el bien parecer y la costumbre! Sin duda haria una exclusion formal de ellos como indignos de participar de un beneficio de que solo son acreedores los verdaderos fieles. Pero dexando este discernimiento á aquel Señor á quien está reservado el juicio y la justicia, se contenta con hacerle esta breve oracion: *acuérdate, Señor, de tus siervos, y de tus siervas N. y N. y de todos los que están aquí presentes, cuya fé y devocion te es conocida: por*

los quales te ofrecemos, ó los quales te ofrecen, este Sacrificio de alabanza por sí, y por todos los suyos. Este es el nombre que corresponde propriamente al Sacrificio de la Misa en una oracion que se consagra toda al reconocimiento. En otros lugares se llama *Hostia sin mancha, Sacrificio de propiciacion*; pero en este, donde el Sacerdote mezcla en las acciones de gracias que ha tributado, y va á tributar á Dios, la que tiene por objeto de una manera especial á los bienhechores de la Iglesia, era indispensable que llamase Sacrificio de alabanza el que le va á ofrecer.

Però el reconocimiento no se limita al fiel que ofrece, y al que hace ofrecer el santo Sacrificio, sino que se extiende á todo lo que pertenece á su persona, para la qual solicita el Sacerdote la redencion de su alma, la remision de sus pecados, la perseverancia en los caminos de la salud, la conservacion de su misma vida, y que se vea libre de todos los males capaces de turbar su tranquilidad y su paz. Ella se extiende á sus hijos, á sus parientes, y sus amigos, sus domésticos, sus infe-

riores; en fin, á todos los que la Providencia ha puesto á su cargo, tienen parte en los votos del Sacerdote, porque cada una de estas diferentes relaciones impone obligaciones importantes, y exige gracias particulares que no pueden pedirse sino por Jesu-Cristo, ni se conceden sino por el mérito de su Sacrificio.

A ti, Dios eterno, concluye el Sacerdote, *vivo y verdadero te rinden sus votos:* es decir, ellos ofreciendo este Sacrificio por mis manos, cumplen el voto general que hace todo Cristiano en el bautismo de honrarte, y consagrarte sus bienes, con quanto de qualquiera manera le pertenece; y quando contribuye con sus ofrendas á la oblacion del Cordero sin mancha, satisface tambien la promesa que ha hecho de un modo tácito de ofrecerla por las necesidades particulares: este doble voto debe interesar sobre manera á todos los Cristianos, y por consecuencia rectificar las disposiciones de su corazon. Aquí es donde realmente cumplen sus funciones, porque imitan con particularidad á Jesu-Cristo, que no ha venido al mundo sino para ofrecer

este Sacrificio, ni nos ha hecho partícipes de su nombre sino para asociarnos á su Sacerdocio: nosotros somos otros tantos Cristos: es decir, criaturas consagradas para esta efusion augusta.

Pero tengamos muy presente que ofrecemos en Sacrificio á un Dios vivo y verdadero: á un Dios eterno, que ha podido existir sin las criaturas, que ha formado en el tiempo: que no tiene necesidad de sus adoraciones, y que si se digna admitirlas, es por un efecto particular de su misericordia. Sin embargo por este atributo de Dios eterno quiere que ellas correspondan en algun modo á su eternidad: es decir, que no tengan límites, que se extiendan á todos los tiempos, y que se ofrezcan con toda la plenitud del corazon. Tambien exige como Dios verdadero que sean sinceros estos homenages, y detesta esa piedad hipócrita mas fastuosa que reflexionada, que no tanto se propone la adoracion del Criador, quanto los vanos elogios de los hombres. Esas oraciones que no salen del corazon merecen todo su desprecio; y como conoce hasta los pensamientos mas secretos, sabe

hacer un justo discernimiento de las verdaderas y de las falsas disposiciones.

Vigilemos pues, hermanos míos, sobre nosotros mismos, enderecemos nuestros caminos, apartemos de nuestro corazón todo sentimiento que no sea digno de la pureza del Sacrificio; y finalmente esforcémonos para que las oraciones que el Sacerdote hace por nosotros y por Jesu-Cristo sean dignas del Dios á quien se dirigen, dignas de la víctima que las representa, y dignas de conseguir para nosotros y para todos los que nos interesan la salvacion eterna, y las gracias necesarias para alcanzarla. Asi sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

COMMUNICANTES.

LIBRO IV. DE LOS REYES,
cap. 19. v. 34.

*La salvaré por mí, y por amor de
David mi siervo.*

Dios no tiene, mis hermanos, otros motivos para salvarnos que su misericordia infinita. Si nos perdona los pecados, y nos hace partícipes de sus gracias, es únicamente porque quiere, y sin mérito alguno de nuestra parte. Sin embargo por un efecto de su bondad ha querido sujetar esta misericordia á la proteccion y la intercesion de los Santos, y como él mismo es el principio de sus méritos, nos dice quando